DOCUMENT RESUME

ED 081 283 FL 004 581

AUTHOR Jaen, Didier T.
TITLE En Busca de la Raza Cosmica: Tematica del Ensayo Iberoamericano (In Search of the Cosmic Race: Thematic of The Iberoamerican Attempt).
PUB DATE 19 May 73
NOTE 28p.; Paper presented at the Conference of the Northern California Chapter of the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, Saratoga, Calif., May 19, 1973; In Spanish

EDRS PRICE MF-$0.65 HC-$3.29
DESCRIPTORS Cultural Background; Culture; *Ethnic Groups; Ethnic Origins; Ethnic Status; Ethnic Stereotypes; *Ethnic Studies; Foreign Culture; *Latin American Culture; Mexicans; Minority Groups; Non English Speaking; Race; Religious Cultural Groups; Spanish; *Spanish American Literature; *Spanish Americans

ABSTRACT

This essay examines the search for an ethnic identity as conducted by three South American writer-philosophers during three distinct historical periods. The author shows how the thinking of Sarmiento, Rodo, and Vasconcelos corresponds to each one's respective period of time and yet transcends the same to arrive at similar conclusions. Included is a list of footnotes. (SK)

FILMED FROM BEST AVAILABLE COPY

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION POSITION OR POLICY

U S DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
NATIONAL INSTITUTE OF EDUCATION

ED 081283

FL 004 581

En busca de la raza cósmica: Temática del ensayo iberoamericano [1]

Didier T. Jaén
University of California, Davis

"Chicanos", "mexicanos", "latinos", "Mexican-American", "Spanish American" son términos que reflejan una controversia que podría ser juzgada superficial o simplemente semántica. Después de todo ¿qué hay en un nombre? ("A rose by any other name would smell as sweet.") Sin embargo, desde ciertos puntos de vista, el nombre puede ser de suma importancia, por que se siente que el nombre refleja en alguna forma lo que uno es; el nombre es una cifra, un símbolo secreto y, tal vez, no arbitrario de un sistema de ideas, de una actitud ante la vida, ante la sociedad y ante uno mismo; también de un programa y de una visión hacia el futuro.

Sin embargo, yo no voy a entrar en controversias sobre nomeclatura. Mi intención es solamente señalar la coincidencia de que así como estos grupos étnicos de habla española e inglesa del suroeste de los Estados Unidos se han confrontado con la necesidad de precisar la ambigüedad de un nombre aplicable a sí mismos, en Latino América, o Hispanoamérica, Iberoamérica, o Indoamérica ha existido por muchos años el confrontamiento con esa ambigüedad; y esta ambigüedad no es sólo de los tiempos modernos: "Las indias", "América", "Nuevo Mundo", "indios", "americanos", "indoamericanos", "hispanoamericanos", "iberoamericanos", "latinoamericanos" son nombres que reflejan una controversia que precede las controversias del actual movimiento

chicano y que reflejan la existencia de afinidades básicas entre los pueblos americanos de origen hispánico.

Es cierto que el chicano y su cultura parecen encontrarse en una situación muy distinta a la del "latinoamericano" ya que el chicano forma una minoría dentro de una cultura dominante, poderosa y tal vez antagónica. Sin embargo, también es cierto que el latinoamericano, al sentirse rodeado y hasta oprimido por una cultura anglo-europea que tiene pretensiones de universalidad, una cultura dominante y poderosa y, tal vez, antagónica, ha sentido la necesidad de preguntarse, así como el chicano: "Qué somos?" o ¿"Quiénes somos?" y que en esta pregunta está implícita otra más apremiante: "¿Qué seremos?" o "¿Qué queremos ser?" Las tentativas de respuestas que han ensayado algunos escritores latinoamericanos tal vez sean pertinentes a las preguntas de hoy día, aun cuando sea sólo para mostrar el camino recorrido. Por eso, en esta charla quisiera apuntar algunos momentos saliente de ese recorrido intelectual pero a la vez de tan vital importancia en Hispanoamérica.

Toda literatura que no sea sinplemente docroativa, me parece, se confronta con el desequilibrio entre un ideal inalcanzado y lo que llamamos la realidad. En lo que se refiere a gran parte del ensayo hispanoamericano, ese ideal tiene un nombre: Es América o Nuevo Mundo, es Hispanoamérica, o México, o Argentina, no como entidades geográficas sino sociales o humanas ideales. América fue, y todavía es, la esperanza de un nuevo mundo, un mundo mejor que

el antiguo, un mundo ideal. El historiador, Francisco López de Gómara, en su Historia general de las indias, publicada en Zaragoza en 1552, caracteriza el descubrimiento de América como uno de los hecnos más grandiosos de la historia. En la dedicatoria de su obra al Emperador Carlos V, dice: "Muy soberano Señor: La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias y, así, las llaman Nuevo Mundo."

Pero la doble visión de América como una esperanza y como una realidad que se interpone, se presenta ya desde el momento en que Colón planea y lleva a cabo su viaje hacia las Indias. América, sin revelarse como tal, se le interpone en el camino. Colón muere sin conocer la verdadera identidad de este continente nuevo y sin saber siquiera su nombre futuro. Los primeros documentos sobre esta visión equivocada de América son las Cartas de Colón. Las bondades y virtudes del paisaje, la mansedumbre y dulzura de sus habitantes se presentan a Colón como terreno propicio para la propagación de las virtudes y bondades de la civilización cristiana europea. Es probable que el encomio que Colón hace de las tierras descubiertas obedezca a un principio de relaciones públicas para justificar su viaje y otros viajes futuros. Pero además de estas consideraciones prácticas, la visión idealizada de América que presenta Colón obedece también a una reacción ante América misma, la cual parece despertar actitudes utópicas y visionarias en los

europeos que llegaban a ella.

Este primer momento de engaño continúa, y hasta crece, aun después del verdadero descubrimiento o desenmascaramiento de América por Américo Vespuccio. América, se sabe entonces, no es las Indias, como creía Colón, sino un nuevo mundo. La visión de lo maravilloso se presenta ahora a la vista de los conquistadores: En un mundo nuevo, de cuya existancia no se temía conocimiento previo, lo que en Europa se creía maravilla o fantasía puede ser realidad.

El propio Colón creyó haber descubierto el paraíso terrenal. Ponce de León buscaba la fuente de la juventud en la Florida. Otros buscaban en la Argentina la Ciudad de los Césares, donde residen los inmortales. En Nebraska y las Dakotas se buscaban las Siete Ciudades Encantadas fundadas por siete obispos portugueses que huyeron a la invasión de los árabes en la Península Ibérica. El apóstol Santiago Matamoros luchaba al lado de los españoles en la conquista de Mexico, así como le había hecho en España durante la reconquista. En unas islas cercanas a la costa de Norte América, se pensaba que era donde habían desembarcado y encontrado refugio Santa Úrsula y las once mil vírgenes, de allí el nombre de las Islas Vírgenes. En otras islas del Caribe residía el diablo y en la costa del Perú estaban las Islas Encantadas, pobladas de monstruos y sirenas.

El conquistador Gonzalo Fernando de Oviedo oyó decir de un mono de larga cola con el cuerpo cubierto de plumas de variados colores y la parte inferior de suave pelo rojizo, el cual podía

cantar como un ruiseñor o una alondra. En Panamá se decía que había grandes pájaros que podían cantar juntos en agradable armonía coral. En la obra Spherae Mundi de John de Holywood, se describía a los habitantes del Nuevo Mundo como de color azul y de cabeza cuadrada. Francisco de Orellana creyó haber descubierto en Sur América el reino de las Amazonas y tanto en Nueva Granada como en Arizona se buscaba el fabuloso rey El Dorado, que cubría su cuerpo con polvos de oro. Ya tardío el siglo XVI, todavía se veían unicornios en la Florida. [2]

Esta imagen maravillosa y de paraíso terrenal con que se cubría América en los primeros tiempos, pronto fue reemplazada con la realidad de un continente hostil, poblado de guerreros armados de flechas venenosas y cubierto de selvas impenetrables y malsanas donde los españoles se perdían y perecían o se convertían en salvajes.

El conflicto entre realidad e ideal empieza a manifestarse en las escritos de Fray Bartolomé de las Casas. Por primera vez al intelecto europeo se presenta la pregunta ¿Qué o quiénes son estas indios? ¿Qué es América? y más importante todavía ¿Qué ha de ser? Y las aspiraciones idealistas se debaten con la elusiva realidad geográfica y humana.

El problema que confrontan ciertos representantes de la civilización española en América, una vez que la ilusión de la virtud natural de América ha sido desechada, es el de convertir esa

América en un nuevo mundo y establecer desde un principio un orden social basado en las máximas virtudes de la civilización europea. La conversión de los indios al cristianismo incluía no solamente un cambio de religión, sino también el paso de su estado de barbarie al de la civilización.

Ante una realidad elusiva y problemática, los misioneros se preguntaban ¿cómo se puede cambiar a los indígenas de lo que son a lo que deberían ser? ¿De seres salvajes e incivilizados a cristianos y ciudadanos europeos?

Algunos vislumbraron,en este momento, la posibilidad de establecer el reino de la justicia, al amor y la virtud en América, pero se vieron confrontados prontamente con la rebelde realidad: Por un lado, la ambición personal y los prejuicios raciales de los españoles que tergiversaban las intenciones benévolas de las leyes. Por otro, la aparente ineptitud y el desinterés de los indios en adquirir las costumbres, valores y puntos de vista de los europeos. 3

Hubo varios ensayos de colonización pacífica durante los primeros años de la conquista, con el fin de probar si los indios podían aprender a vivir como españoles cristianos. Bartolomé de las Casas trató de establecer una colonia agrícola en las costas de Venezuela con el fin de demostrar que el nuevo mundo podía ser colonizado pacíficamente con agricultores, cuyo ejemplo benévolo sería imitado por los indios, los cuales entrarían así voluntariamente a la civilización, atraídos por su bondad y valores superiores.

En España se llevó a cabo el reclutamiento de agricultores españoles a los cuales se les garantizaba ciertos privilegios y libertades y se les atraía con la idea de vivir en un nuevo mundo libre. En la colonia, estos agricultores cultivarían la tierra al lado de los indios, de manera que la fe, las costumbres y el conocimiento de los españoles fueran absorbidos insensiblemente por los indígenas. La idea de una inmigración planeada a Las Indias no era nueva: Colón había recomendado que se enviaran a Las Indias unos dos mil agricultores y que se les dieran privilegios y libertades.

Sin embargo, la colonia de Las Casas no llegó a establecerse y otros experimentos similares terminaron en el fracaso, pero la idea de civilizar a los americanos por medio de la colonización agrícola y la inmigración europea que les sirviera de ejemplo, ha sido durante gran parte de la historia de América una de las ideas preponderantes, como se manifiesta en la famosa frase del argentino Alberdi en el siglo XIX: "Gobernar es poblar." Las Casas fue así el precursor de una larga serie de reformadores y sus escritos contra la injustica de la conquista de América Historia de las indias (1520) y Destrucción de las indias (1552) le justifican el título de Padre de los Indios o Defensor de la Raza. Representan también la primera preocupación con el problema de la confrontación del ideal y la realidad en América. La perplejidad ante el problema se revela también ya desde muy temprano en una carta de Fray Domingo de Betanzos dirigida al Consejo de Indias:

> "Esta de verdad es materia en la cual un abismo llama otro abismo. Todas las cosas de aquestos indios son un abismo de confusión lleno de mil cataractas, del que salen mil confusiones e inconvenientes... y no hay cosa que para ellos se ordene que no salgan della mil inconvenientes. De tal manera que aunque lo que se ordena sea en sí bueno y con sancta intención provehido, cuando se viene a aplicar a la sujeta materia sale dañoso y desordenado y redunda en daño y disminución de aquellos a quien bien queremos hazer".[4]

O como decía el propio padre Las Casas "es muy distinto ver el país y oir hablar de él en España."

Sin embargo, bien o mal, esta primera confrontación con el problema de América se solucionó por los hechos, sino por las palabras y los deseos. La historia siguió su curso de explotación y de civilización; de represión moral e intelectual requerida por la contrareforma y el catolicismo español, junto con la construcción de ciudades, la fundación de universidades, de imprentas e iglesias y monasterios y misiones, y la propagación de la fe y los rudimentos de la civilización española y europea hasta los rincones más apartados de América... Un proceso que todavía continúa en nuestros días. Es imposible negar la grandiosidad de la misión civilizadora de los españoles. Como término de comparación tenemos a mano el testimonio que dan la cadena de misiones a lo largo de la costa de California. La gracia arquitectónica de sus líneas son un monumento, no sólo a la civilización, sino a la idea de universalidad

de ciertos españoles, a la visión de una civilización que se entrega como el más valioso presente que un pueblo puede dar a otro. Es muy difícil encontrar vestigios de una actitud similar en la civilización anglo-americana, la cual desde un principio se aísla y rechaza de su seno a los que no saben luchar por sí mismos y no pueden competir con los que, por virtud de su civilización europea, estaban mejor dotados para la lucha.

El segundo momento de la consideración del problema de América se presenta con la Independencia, la cual representa un nuevo confrontamiento para Hispanoamérica entre el ideal y la realidad.

Una vez lograda la independencia, los ilustrados hispanoamericanos trataron de establecer un nuevo régimen político y cultural basado en las ideas progresistas de Europa. Sin embargo, en sus esfuerzos se confrontaron con la realidad hispanoamericana que no se plegaba a sus esquemas ideales para crear un mundo mejor. Se repite con ellos la situación de los misioneros humanistas de la colonización: La ambición de los intereses personales, la reticencia de las clases menos educadas a ser transformadas y, en el fondo, la resistencia del medio geográfico que no se plegaba al desarrollo de una cultura de tipo europeo. En este momento histórico, el argentino Sarmiento encuentra su fórmula de "civilización y barbarie" para analizar el problema del fracaso de las instituciones democráticas y progresivas en la América hispana.

Según el análisis de Sarmiento, en el Facundo,[5] hacia 1810 se peleaban en la Argentina dos formas de civilización: Una española, medieval, del siglo XII, monárquica, despótica, inquisidora y estrecha, pero civilización, en fin. La otra, europea moderna, francesa o inglesa, racionalista y liberal del siglo XVIII y XIX. El conflicto, pues, era entre dos formas de orden, dos sistemas humanos, es decir, inteligentes, de organizar la vida. Dentro de este conflicto de dos órdenes distintos, irrumpe un tercer elemento: El elemento americano, el gaucho, el hombre como extensión de la pradera, de la geografía y la naturaleza; es decir, lo natural, lo físico, lo anterior a todo orden o civilización, el hombre en su estado natural; la barbarie, en fin. El Facundo de Sarmiento se dirige a señalar la presencia y la esencia de este elemento desconocido que tercia en el conflicto.

¿Qué entiende Sarmiento por la barbarie? Primero que todo el medio geográfico antes de que el hombre llegue a dominarlo. El campo sin cultivar es la barbarie. En la América del Norte, por ejemplo, eran las grandes llanuras del oeste donde habitaba el indio, muy parecidas a lo que en la Argentina de Sarmiento se denominaba el desierto; regiones donde el hombre europeo había penetrado muy escasamente y de donde el indio se lanzaba en correrías para atacar las poblaciones fronterizas. En la América tropical era, y es todavía, la selva impenetrable. En México las tierras áridas y las montañas apartadas. Dentro de ese medio geográfico, el hombre (europeo o

americano) sobrevive adaptándose a lo que le da el ambiente, haciéndose parte del ambiente o extensión de él, casi mimetizándose, confundiéndose con lo que le rodea; así como en los desiertos orientales el árabe o el beduíno adaptaba su vida al medio sin modificarlo. No es decir que en este medio el hombre no desarrolle ciertas facultades (como bien señala Sarmiento en su caracterización del rastreador, el baquiano, el gaucho malo y el cantor), pero estas no son facultades transformadoras del ambiente. No son facultades racionales sino intuitivas, casi instintivas.

La civilización en cambio, es el movimiento de las ideas. Es el uso de la razón puesta al servicio de la transformación del medio. La ciudad es el representante máximo de la civilización porque es precisamente una creación totalmente artificial (es la obra de artífices). En ella el hombre ha creado su propio medio ambiente. El mantenimiento de ese medio ambiente artificial requiere cierto equilibrio, cierto orden social, el constante uso de la razón. En Argentina, las ciudades hispánicas representaban la antigua civilización europea. Dentro de ellas, como causa de la independencia, se quiso establecer un nuevo orden, más racional, más perfectamente equilibrado, para permitir la constante transformación y mejoramiento de ese producto del libre juego de las ideas y los talentos humanos.

Pero en esta lucha por la transformación de un modo de civilización a otro, el elemento campesino (que no entendía de orden y

equilibrio racional, de respeto a las leyes, ni del precario equilibrio que imponía la libertad, sino de fuerza instintivas) había entrado a exigir lo que su modo de vida le inspiraba: Sobre todo, la autonomía, también la libertad de imponer la fuerza bruta sobre el más débil. Era el hombre que sin comprender las bases de la civilización se siente con derecho a exigir y utilizar sus productos, como lo caracterizaría Ortega y Gasset muchos años más tarde. El apoyo de esta fuerza bruta, según Sarmiento, era lo que sostenía a Rosas en el gobierno. La dictadura utilizaba los medios efectivos en el desierto: la fuerza personal, el dominio y la represión por el terror. En cambio estancaba el país y dejaba sin explotar las fuentes naturales de riqueza, como los ríos navegables y las tierras fértiles para la agricultura. Su único interés era entronizar el dominio del más fuerte. Por eso, el sistema preferido por los caudillos en nombre de la libertad y la democracia era la confederación, que les dejaba la autonomía; mientras que los ilustrados o civilizadores, también en nombre de la democracia, preferían un sistema unitario fuerte que facilitara el proceso de organización y expansión de la obra civilizadora por todo el país.

Irónicamente, según Sarmiento, el ideal triunfaría a pesar de o aun por medio del triunfo pasajero del dictador. Los últimos parráfos del Facundo nos dan una visión concreta de ese ideal concebido por Sarmiento y sus contemporáneso: "el nuevo gobierno establecerá grandes asociaciones para introducir la población y distribuirla en

territorios feraces a orillas de los inmensos ríos y en veinte años sucederá lo que en Norte América ha sucedido en igual tiempo, que se han levantado como por encanto ciudades, provincias y estados en los desiertos en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes..." (p. 260) Fomentará la navegación fluvial y los pueblos del interior se transformarán en ricas y hermosas ciudades, organizará la educación pública en todo el país, extenderá por todo la república el beneficio de la prensa. "La inteligencia, el talento, y el saber serán llamados de nuevo a dirigir los destinos públicos como en todos los pueblos civilizados" (p. 261). Restablecerá formas representativas y asegurará para siempre los derechos de todo hombre, restablecerá la justicia, estimulará las pasiones nobles y virtuosas, elevará la religión y sus ministros a la altura que se necesita para que moralice a los pueblos, respetará las opiniones diversas, marchará "por las mismas vías de conciliación y orden en que marchan todos los pueblos cultos" (p. 262).

Como los racionalistas del siglo XVIII, Sarmiento tenía un concepto optimista de la naturaleza humana; una vez puesta en libertad y seguridad, la sociedad encontraría su camino hacia el ideal. La barbarie entronizada en el país había sido algo pasajero debido a la influencia del tirano y sólo bastaba eliminarle para restablecer el orden.

Además, la Argentina -según Sarmiento- gozaba de los elementos que influirían en el establecimiento del orden: Uno era la riqueza

natural que mantendría ocupados a los habitantes. El otro, y el principal, era la inmigración europea que según los cálculos de Sarmiento "harían en diez años un millón de europeos industriales"- concluyendo optimísticamente: "con un millón de hombres civilizados, la guerra civil es imposible, porque serían menos los que se hallarían en estado de desearla" (p. 266).

Luego, para Sarmiento, como para Las Casas, el futuro de la patria y de toda la América estaba en ser la continuación de la civilización europea. América se presentaba como la última avanzada de esa civilización. El destino de los pueblos americanos era ponerse al nivel de los europeos, porque Europa representaba el triunfo de la razón sobre el instinto, y la manera más práctica de transformar América en una avanzada de Europa era traer las razas europeas a América. Se esperaba que traerían con ellas a Europa, es decir, el uso de la razón, del método científico, el positivismo, la ingeniería, la agricultura metódica, la industria, los medios de comunicación, el ferrocarril, que desparramarían la civilización hacia los campos. En la Argentina, ese proceso se logró en gran parte; en otros países latinoamericanos todavía continúa.

Escrito en 1845, el Facundo de Sarmiento parece un acierto de profecía, aunque más que profecía es un plan de gobierno que se cumple. La Argentina se civiliza, se transforma en un país europeo y, sin embargo, un siglo después vuelve la dictadura, vuelve el terror, vuelve la lucha civil cuando ya los gauchos habían dejado

de existir. Vuelve anora la lucha entre las masas civilizadas de trabajadores y los intelectuales más civilizados aún. Sería, tal vez, fácil criticar a Sarmiento desde nuestra perspective contemporánea por su confianza en la civilización europea; por su aspiración a imponer una sola cultura; y por su falta de respeto hacia las características etnográficas de los pueblos. Sin embargo, hay que darse cuenta también de que la cultura que pretendía imponer Sarmiento no era una cultura más, sino una cultura abierta. El concepto de respeto a las diferencias etnográficas es, después de todo, un producto de la civilización europea.

Tal vez se comprenda mejor el mensaje de Sarmiento al relacionarlo con el segundo momento cumbre del ensayo hispanoamericano. Me refiero al Ariel de Rodó, [6] publicado en 1900, cuando el programa sugerido por Sarmiento para la Argentina y para el resto de América había traído el desarrollo industrial a nuestros países y sus fallas empezaban a hacerse aparentes. El Ariel, que reacciona contra las tendencias utilitaristas defines de siglo, repite en su dualismo de "Ariel" y "Calibán" el dualismo de "Civilización y barbarie" en que se basaba el Facundo.

Pero Rodó nos da la otra cara de la moneda. Donde Sarmiento escogió un personaje de la realidad histórica, un personaje salido de la realidad de América, para simbolizar lo demoníaco; Rodó escoge un personaje de la pura creación literaria europea y nórdica para

simbolizar el ideal. La figura de Ariel sirve en cierto sentido de complemento y continuación al Facundo, cuyas características se representan en la obra de Rodó en la figura de Calibán.

Es cierto que, hacia el final de la obra de Sarmiento, la visión de la realidad ideal se vislumbra como un destello de esperanza, es decir, de un ideal futuro. Pero el ideal de Sarmiento es tal vez demasiado concreto. Una vez resuelto el problema de la organización política, abiertas las puertas a la inmigración europea y a los avances de la civilización, una vez puesto el país en los rieles del progreso económico, no por eso la realidad se convierte en idílica. El progreso, como hemos visto hoy día, puede poner en peligro la realidad ideal. El ensayo de Rodó trata de corregir esa falta.

Tradicionalmente, los símbolos de la realidad ideal han sido asociados con la visión bucólica de la naturaleza o con la visión de la ciudad perfecta. A estas dos visiones corresponden dos estados emotivos respectivos: Uno es el de la nostalgia, el otro el de la esperanza. La visión bucólica, la nostálgica, generalmente corresponde a la visión de la realidad ideal en el pasado, el paraíso perdido, del cual el hombre ha sido expulsado, o la edad de oro. El otro extremo de la visión idílica dirige su mirada hacia el futuro. En tal caso, el ideal corresponde a la visión de la ciudad o la sociedad perfecta, a la utopía, como en la visión final del Facundo. El libro del Apocalipsis, con su visión de la Ciudad de Dios, viene a ser el correspondiente mito bíblico. El Ariel de Rodó

corresponde a este modo de visión ideal. Todo en él está dirigido hacia el futuro.

Ya la dedicatoria del libro "A la juventud de América" dirige la visión de la obra hacia el porvenir. La "juventud" y la "América" misma adquieren un valor simbólico de futuro, de optimismo, de algo por realizarse. El nombre del maestro, Próspero, también trae sugerencias de prosperidad y optimismo. Próspero, en La Tempestad de Shakespeare, es el mago que domina el mundo de la isla y el destino de sus residentes; es el dominador, el ordenador, el hombre en control de los destinos humanos con la cooperación de Ariel y el sometimiento de Calibán.

La visión constante hacia el futuro, según Rodó, es lo que tiende a levantar todo plan o programa hacia lo ideal, a levantar lo humano sobre lo inmediatamente útil; esa visión hacia la idealidad futura es lo que, según Rodó, hace a un pueblo grande. Una gran ciudad es aquélla que ha dejado un legado de idealidad a las generaciones futuras. La ciudad es el ambiente natural de las más altas manifestaciones del espíritu, porque, como dijimos antes, la ciudad misma es una creación del espíritu. Pero una sociedad que simplemente acumule prosperidad y la reparta equitativamente entre sus miembros no ha logrado todavía ser más que un hormigero o una colmena (Ariel, p. 138). Existen grandes ciudades en América, dice Rodó (Buenos Aires por ejemplo) pero advierte, hay que temer que no terminen como Cartago o Babilonia, que no dejaron nada para las

generaciones futuras. A la juventud de América le toca impedirlo y predicar la delicadeza, la inteligencia y el desinterés. La filosofía de la juventud de América, dice Rodó, debe ser el reverso del "carpe diem" horaciano (p. 146-147). "Yo ospido parte de vuestra alma-dice-para la obra del futuro" (p. 151-152), para la perfectibilidad del ser humano que aspira hacia Ariel. Ariel significa: "Idealidad y orden en la vida; noble inspiración en el pensamiento; destinterés en moral, buen gusto en arte; heroísmo en la acción; delicadeza en las costumbres" (p. 152). Ariel es la esperanza; un símbolo del ideal... del término ideal al que asciende la selección humana. La función de la juventud es el estusiasmo y la esperanza, el renacer de las esperanzas humanas, su vista puesta en dulces y remotos mirajes.

Ahora bien, poniéndonos en una perspective más contemporánea, podemos ver que ambos el Ariel y el Facundo se basan en una visión dualista de la naturaleza humana y su destino. Ariel es el símbolo del espíritu, de la civilización como orden intelectual que asegura la perpetuación y progreso del espíritu (no simplemente un orden que permite la supervivencia de la especie, como lo han logrado algunos insectos o algunas tribus de aborígenes). Por otro lado, Facundo y Calibán representan la parte animal, la parte más cercana a la naturaleza. Según este esquema; dentro de la escala de la evolución, Ariel es un ser superior a Calibán, es el ideal hacia el

cual se encamina la evolución, y la humanidad debe sacrificarse en aras de ese ideal futuro. El resultado de esta esquizofrenia cultural ha sido el rechazo de Calibán, la supresión de Facundo, o la tendencia a suprimir la bestia. Claro que lo opuesto, el triunfo de la bestia, sería el embrutecimeiento de la raza humana y su aniquilamiento final. Ninguna de las dos alternativas parece posible o agradable: Ni angel ni demonio.

La tendencia ideológica en nuestros días ha sido hacia resolver la dualidad, hacia la unión o la comunión, en vez de la separación y el aislamiento. Ese es el principio que sirve de base a los ensayos que aparecen como producto de la Revolución Mexicana. O tal vez ellos y la Revolución Mexicana fueron producto de ideas comunes. Antes de la Revolución Mexicana, el país estaba organizado de acuerdo con la creencia en razas y culturas y clases superiores. La Revolución rompió esas normas y dió a las masas, a las clases populares, conciencia de su propio valor. Fue una verdadera revolución en el sentido de que hizo volver el país hacia sus propias raíces, en vez de tener la mirada y la esperanza puesta en el extranjero, en Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Hizo que le país volviera sobre sí mismo, se contemplara y basara su obra de creación en lo que podía dar de sí, de lo que verdaderamente era. No es que se descartara la civilización y el Ariel, pero se les concebía ahora como un crecimiento natural de la "barbarie" de América; Calibán era su base, sus raíces. Vistos desde esa perspectiva, Calibán y la "barbarie" empiezan a

cambiar de fisonomía y aparecen como hermanos legítimos de Ariel.

La única obra que destacaré dentro de esta tendencia a la reunificación es la que da título a esta conferencia: La raza cósmica de Vasconcelos. [7] Su tesis es muy simple y puede tomarse como una reacción a las teorías racistas predominantes en la época, que hacían de las razas puras y nórdicas las razas superiores. Según Vasconcelos, no eran las razas puras sino las mezcladas (las mestizas) las que habían aportado los grandes avances de la civilización (Grecia, Egipto, la India). Según su teoría, las razas que por medio de la mezcla unían las mejores características de todas las razas serían las razas superiores. Y la raza cósmica, es decir, universal, sería la raza superior pues sería la raza única que reuniría a todas las otras. De todas las culturas, según Vasconcelos, es la iberoamericana la que por tradición histórica ha estado más abierta a la aceptación y la mezcla de razas diferentes. Por lo tanto, ¿qué mejor cultura para servir de cuna a la raza del futuro, ~~a la raza del futuro~~, a la raza cósmica, que las culturas de origen iberoamericano?

Sin embargo, esta tesis tan simple del ensayo de Vasconcelos tiene otras dimensiones ideológicas, que hacen de la raza cósmica no solamente un producto biológico del entrecruzamiento de razas, sino también el resultado del avance progresivo de la civilización hacia mejores etapas de la humanidad. En cierto sentido, la raza cósmica viene a ser el Ariel de Rodó pero en un plano más humano,

más biológico y por lo tanto más alcanzable. También responde al concepto de la civilización de Sarmiento, pero en un plano más elevado, menos utilitario y pragmático, o materialista; más ideal; porque el período de la raza cósmica, según el esquema de Vaśconcelos, es el período superior de la humanidad, en el cual triunfa lo estético, es decir, lo emotivo. Algo así como "The Age of Aquarius".

Según Vasconcelos, la historia de la humanidad se desarrolla en tres etapas o "tres estado sociales": El material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético. "Las tres etapas--dice Vasconcelos--representan un proceso que gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y la fantasía" (p. 37). Fantasía, claro está, es la facultad inventiva o creadora del hombre. Mientras que la razón está limitada al mundo objetivo y a las leyes de la lógica; la fantasía, la capacidad creadora, no conoce límites. En el primer estado manda sólo la materia; es decir la necesidad biológica de sobrevivir. Las relaciones humanas obedecen a la ley del más fuerte y de la violencia, a la fuerza física. Es la etapa de la barbarie, de Facundo. En el segundo período tiende a prevalecer la razón: Las relaciones entre los pueblos y los hombres se definen por tratados y convenios, "las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas de la conveniencia recíproca y la lógica" (p. 38). La mezcla de las razas, que en la primera etapa estaba sometida a la violencia y al rapto,

ahora se organiza con base en principios que obedecen a las conveniencias políticas y morales.

En nombre de la moral, por ejemplo, se imponen ligas matrimoniales difíciles de romper, entre personas que no se aman; en nombre de la política se restringen libertades interiores y exteriores... La característica de este segundo período es la fe en la fórmula, por eso en todos sentidos no hace otra cosa que dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria, frenos al sentimiento. Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo período en que estamos presos y del cual es menester salir (p. 38-39).

En el tercer periodo prevalece el sentimiento creador y la estética:

Las normas las dará la facultad suprema, la fantasía; es decir se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto... Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable...solo importará que el acto por ser bello produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no del apetito ni del silogismo; vivir el júbilo fundado en el amor, esa es la tercera etapa (p. 39).

En el tercer período, concluye Vasconcelos, ya casi en el campo de la poesía:

> La voluntad se hace libre, sobrepuja lo finito y estalla y se anega en una especie de realidad infinita; se llena de rumores y de propósitos remotos; no le basta la lógica y se pone las alas de la fantasía; se hunde en lo más profundo y vislumbra lo más alto; se ensancha en la armonía y asciende en el misterio creador de la melodía; se satisface y se disuelve en la emoción y se confunde con la alegría del Universo: se hace pasión de belleza (p. 40).

Si se reconoce que la humanidad se acerca gradualmente al tercer período de su destino, los países y pueblos iberoamericanos -- dice Vasconcelos -- tienen el deber de formular las bases de una nueva civilización. Siendo la tercera etapa el período basado en el sentimiento y la fantasía, el amor ha de ser uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza. La América, pues, tiene "la misión de servir de asiento a una humanidad hecha de todas las naciones y todas las estirpes" (p. 46). Las culturas que sean capaces de abrirse para recibir en su seno a todas las otras razas y culturas, serán las que llevarán a cabo esta misión. El credo que ha de servir de base a esa futura civilización no es un credo exclusivista que pretende distinguirse o imponerse a los otros, sino un credo de integración y totalidad. La América de origen ibérico debe ofrecer hogar y fraternidad a todos los hombres y todas las ideas. Y si esta misión no la cumplen los pueblos iberoamericanos, otro pueblo la cumplirá, pues, según Vasconcelos, "ya nadie puede contener la

pasión de fusión de las gentes, la aparición de la quinta raza del mundo, la era de la universalidad y el sentimiento cósmico" (p. 47). El triunfo de este ideal no es ya el triunfo de una raza sobre otra o de una sola raza, sino "la redención de todos los hombres" (p. 47).

La política y la ciencia positivistas del siglo pasado, que sirvieron de base al industrialismo capitalista, basaban el progreso en la convicción de la lucha, el antagonismo y el triunfo del más apto. Pero una fuerza tal vez más poderosa que la de la rivalidad, e indudablemente más característicamente humana, es la del amor y la simpatía. Por eso esta fuerza ha de triunfar sobre las fuerzas de las etapas anteriores.

"La raza hispana en general --dice Vasconcelos-- tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas del espíritu ahora que todas las tierras están exploradas" (p. 51). Mientras que el impulso de las culturas industrialistas y positivistas es lanzarse a la exploración de la luna y del espacio para continuar la expansión física del planeta iniciada por Cristobal Colón; tal vez la misión de las nuevas razas ibero-americanas es la de meterse más adentro en el espíritu para expandir sus posibilidades hasta que integren todo el universo. No en vano el lema de la universidad de México repite las palabras de Vasconcelos que servirán de guía a las futuras generaciones mexicanas: "Por mi raza hablará el espíritu". Pero se entiende que "raza" no es exclusivamente la raza mexicana, si pudiera hablarse de tal cosa, sino la raza universal, la raza cósmica,

y que la lengua del espíritu es la lengua del amor, del sentimiento y de la fantasía, facultades humanas que la ciencia positivista quisiera ignorar.

El ensayo de Vasconcelos puede contener errores e inconsistencias lógicas, puede criticársele de visionario y fantástico, pero convendría aquí parafrasear una frase de Borges: Ante una perspectiva tan espléndiada, cualquier falacia cometida por el autor resulta insignificante. [8]

Sólo resta añadir algunas observaciones necesarias para concluir el tema de esta conferencia. Ya hemos visto cómo la búsqueda de una identidad étnica ha movido a tres grandes pensadores hispanoamericanos en varias épocas. Cada uno escribió de acuerdo con las ideas de su tiempo y sin embargo, sus palabras sobrepasan la estrechez de las ideas prevalentes. Al recomendar la inmigración europea, Sarmiento parece obedecer a una misión todavía desconocida en su época. La inmigración europea, aunque sugerida, tal vez, por ideas estrechas de superioridad cultural, y aun biológica, irónicamente viene a constituir una de las bases más fuertes para la futura consolidación de la raza cósmica. Esa inmigración europea, reforzada más adelante por una fuerte inmigración de los países asiáticos y precedida por la forzada inmigración de los pueblos africanos, que venían mezclarse en nuestros pueblos de América, era una labor esencial para el futuro de universalidad.

Rodó escribe, sin duda, con una preocupación aristocrática,

pero su concepto de nobleza corresponde a una nobleza del espíritu y sus palabras encontraron un eco profundo en los jóvenes intelecuales de América porque, comprendido su noble programa, se ve que obedece a la fuerza estética del amor.

Vasconcelos fantasea sin duda, pero precisamente en esa su fantasía está la fuerza inspiradora de su ensayo. Hay ensayistas posteriores a él de carácter más rigurosamente lógico o científico, como Samuel Ramos, Perfil del hombre y la cultura en México, o Gilberto Freire, New World in the Tropics; o de expresión más poética e intuición más profunda como Octavio Paz, El laberinto de la soledad. Pero ninguno logra todavía concretarse en la fuerza inspiradora de un símbolo como el de la raza cósmica de Vasconcelos. No quiero decir que el ensayo de Vasconcelos sea mejor, sino que ha dado con un símbolo más inspirador. La prueba está en que el movimiento chicano, no sin alguna justificación, haya adoptado esa frase como símbolo.

Porque de todos los pueblos iberoamericanos ¿cuál se encuentra metido más dentro de ese crisol que funde ideas y lenguas y razas y culturas? ¿Cuál con una experiencia más rica, más universal en sus raíces, que el pueblo chicano, en el cual han dejado su impacto la mística del indio de las praderas; el catolicismo, es decir, la idea de universalidad de la cultura hispánica y el sentido práctico y organizador del anglo? Del pueblo chicano y su cultura, ahora que empieza a contemplarse a sí mismo en el espejo de su conciencia,

sin deformaciones ni opacidades; de este pueblo olvidado que se denomina a sí mismo La Raza, ha de esperarase, tal vez, la próxima palabra que sirva de inspiración a todos los pueblos de América conscientes de un destino universalista. ¿Qué preparación méjor para esa misión que sentirse anunciado en las grandes obras del ensayismo hispanoamericano?

Y para nosotros, los que enseñamos y estudiamos lenguas y literaturas y culturas iberoamericanas en esta región geográfica y cultural donde se unen y se confunden la América del Norte y la del Sur, es una inspiración el ver nuestra responsabilidad y nuestra misión como eslabones fusionadores que contribuirán al movimiento y al nacimiento futuro de esa raza cósmica y de una futura y mejor etapa de la humanidad.

Footnotes

[1] This is the text of the main address presented at the Northern California Chapter of AATSP on May 19, 1973, at Saratoga, California.

[2] Véase Lewes Hanke, Aristotle and the American Indian (London: Hollis and Carter) 1959.

[3] Véase Lewes Hanke, The Spanish Struggle for Social Justice in the Conquest of America (Philadelphia: Univ. of Pennsylvania Press) 1959.

[4] Citado por Lewes Hanke, The First Social Experiments in America (Cambridge: Harvard Univ. Press) 1935, p. ix.

[5] En las citas de esta obra en este trabajo, el número de página se refiere a la edición de Buenos Aires: Losada, 1957.

[6] En las citas de esta obra en este trabajo, el número de página se refiere a la edición de México: Editora Nacional, 1966.

[7] En las citas de esta obra en este trabajo, el número de página se refiere a la edición de México: Espasa Calpe, 1966.

[8] Otras inquisiciones (Buenos Aires: Emecé) 1960, p. 35.